**Miércoeles III del TO
Ciclo B**

27 de enero de 2021
Heb 10, 11-18
Sal 109
Mc 4, 1-20
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Retomamos la Carta a los Hebreros, sobre la que venimos reflexionando durante este comienzo del Tiempo Ordinario[[1]](#footnote-1). Ahora entra en una sección en que en su exposición se propone hablar de la eficacia sacerdotal definitiva de Cristo. Habla ahora de que, transformados en ofrenda permanente, los padecimientos y la muerte de Jesús, le obtuvieron a él mismo la entrada en el santuario verdadero, en donde comparece ante el rostro de Dios, que lo corona de honor y de gloria. Pero este acontecimiento no es un éxito individual, pues en ese caso no sería sacerdotal; al contrario, extiende sus consecuencias decisivas a la existencia de la humanidad. Este es el aspecto que el autor desea subrayar en la sección final de su gran exposición. Y lo hace echando mano, una vez más, de textos del antiguo testamento: el salmo 40, el salmo 110 y la profecía de Jeremías.

Para definir la obra de Cristo y oponerla a la impotencia de la ley, el autor utiliza de nuevo la idea de la transformación, el «*hacer perfecto*». Mientras que la ley «*no podía nunca dar la perfección*»[[2]](#footnote-2), Cristo «*ha llevado a la perfección para siempre a los santificados*»[[3]](#footnote-3). Este último uso del «*hacer perfecto*» es como una idea esencial para el autor relativa al sacerdocio.

Aquí se está diciendo ahora que es Cristo quien produce la transformación, el «*hacer perfectos*». Mientras que hasta ahora se presentaba a Cristo recibiendo la perfección («*habiendo sido hecho perfecto*»[[4]](#footnote-4)), ahora se dice que la comunica, o mejor aún, que la comunicó desde entonces («*ha llevado a la perfección*»[[5]](#footnote-5)).

¿Qué significa esto? Pues que la pasión glorificadora de Cristo produjo un doble efecto: transformó a Cristo y le permitió transformar a sus hermanos, los hombres. ***La transformación de Cristo es una consagración sacerdotal; la transformación realizada por Cristo en sus hermanos es también una participación de su propia consagración. En Cristo hemos sido consagrados: su transformación es la nuestra; su ingreso en la Casa de Dios es nuestro propio ingreso. Su tienda es nuestra tienda***.

En el culto antiguo, cuando un sacerdote se consagraba por el sacrificio de consagración, se le separaba ritualmente del pueblo. Para Cristo su consagración sacerdotal se trata de un acto que lo unió al mismo tiempo a Dios y a sus hermanos. En efecto, la pasión de Cristo es a la vez obediencia a Dios y solidaridad extrema con los hombres[[6]](#footnote-6). Por esta razón, la transformación alcanzada no vale solamente para Cristo, sino también −gracias a él− para todos los hombres. Para beneficiarse de ella basta con adherirse a Cristo en la obediencia de la fe[[7]](#footnote-7). ***Todos participamos, pues, del sacerdocio de Cristo***: es un cambio cualitativo en la situación religiosa del ser humano. Y esto es lo sustancialmente importante.

En esta asociación de todos nosotros al sacerdocio de Cristo, nuestro autor reconoce la realización de la profecía de Jeremías sobre la nueva alianza:

*En efecto, mediante una sola oblación ha llevado a la perfección para siempre a los santificados. También el Espíritu santo nos da testimonio de ello. Porque, después de haber dicho:*

 *"Esta es la alianza que pactaré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: añade: Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las grabaré", "Y de sus pecados e iniquidades no me acordaré ya"[[8]](#footnote-8)*

Es un cambio del corazón, imagen del ser más profundo del hombre. Esto es lo que hizo Jesús. Diciéndole a Dios: *« ¡He aquí que vengo para hacer tu voluntad!*», aceptó someterse en su ser humano a los padecimientos necesarios. Entró por el camino de la ofrenda suplicante y de la educación dolorosa. Y así es como «*por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios*»[[9]](#footnote-9) Cumpliendo la voluntad de Dios hasta la oblación de su cuerpo, «*con lo que padeció aprendió la obediencia*».

Así pues, ***en adelante existe ya un hombre nuevo***, formado en la adhesión perfecta a la voluntad de Dios. Habiendo aprendido la obediencia, lleva la ley de Dios escrita en lo más profundo de su ser. Existe un «*corazón nuevo*», un corazón de hombre transformado, «*hecho perfecto*», totalmente unido a Dios y a sus hermanos. Y ese corazón, creado para nosotros, está a nuestra disposición. Para que se haga efectivamente nuestro y nos «*haga perfectos*» a su vez, basta con que seamos de aquellos que quedan «*santificados*»[[10]](#footnote-10) adhiriéndonos a Cristo en la fe. De esta forma −y sólo de esta forma− es como podremos entrar en la nueva alianza[[11]](#footnote-11) y llevar la ley de Dios grabada en nuestro corazón.

1. Luis Alonso Schökel. *Biblia del peregrino. Nuevo Testamento. Edición de estudio. T. III*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1997. Cfr. Albert Vanhoye. *El mensaje de la carta a los hebreos*. 2ª edición. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1980; Albert Vanhoye. *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el nuevo testamento*. Ed. Sígueme. Salamanca 1984. [↑](#footnote-ref-1)
2. 10, 1 [↑](#footnote-ref-2)
3. 10, 14 [↑](#footnote-ref-3)
4. Cfr. 5, 9; 7, 28 [↑](#footnote-ref-4)
5. 10,14 [↑](#footnote-ref-5)
6. Cfr. Jn 13,1 [↑](#footnote-ref-6)
7. Cfr. 5, 9 [↑](#footnote-ref-7)
8. 10, 14-17 = Jer 31, 33-34 [↑](#footnote-ref-8)
9. 9, 14 [↑](#footnote-ref-9)
10. Una vez más, 10, 14 [↑](#footnote-ref-10)
11. Cfr. 10, 16 [↑](#footnote-ref-11)